

RESEÑAS:

**Alejandro Cortázar. *Reforma, novela y nación: México en el siglo XIX*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2006. 223pp.**

El presente estudio de Alejandro Cortázar establece un marco crítico original para una mejor comprensión de la compleja relación entre literatura, historia y nacionalismo en el siglo diecinueve mexicano. En su análisis de la obra novelística de Nicolás Pizarro Suárez, Ignacio Manuel Altamirano y Emilio Rabasa, Cortázar argumenta que el nacionalismo no toma una forma consistente que coincida con una idea singular de la nación mexicana, sino que el nacionalismo se adapta a “una relativa y continua transformación” (174). A partir de la premisa que no hay una, sino varias maneras de concebir de la nación y del nacionalismo mexicano, Cortázar posiciona a los tres autores como representantes de distintas perspectivas históricas e ideológicas sobre la mexicanidad.

Cortázar postula que cada autor dialoga con su propio momento histórico en que la interpretación y la representación de la nación que se encuentra en cada novela responden “a la incertidumbre sociopolítica y a la necesidad de superar el estado social y cultural de la nación mexicana” (36). En el caso de Pizarro Suárez, Cortázar concluye que su obra novelística reflexiona sobre la invasión estadounidense de 1846-48 con el objetivo de contemplar cómo cul-

turas distintas pueden compartir “un horizonte concreto de integración y unidad nacional” (41) y su nacionalismo es “un sentimiento” (51) colectivo de grupos heterogéneos. Altamirano, de una manera más idealista, busca una literatura capaz de unificar a los liberales y los conservadores después de la Reforma con “la divulgación de la doctrina de libertad, orden y progreso social de la nación” y así forjar una “nueva identidad cultural mexicana” (105); su nacionalismo es una homogénea “religión cívica” (95). Finalmente, las novelas de Rabasa, escritas durante el Porfiriato, demuestran una visión sumamente crítica de la veneración exagerada e idealista de la historia mexicana; su representación de patriotismo se entiende como una fe (133), y concibe a la patria de su época como un fracaso que necesita con urgencia “un reajuste sociopolítico” (162).

La selección de estos tres autores permite romper con líneas de investigación establecidas de la literatura decimonónica mexicana. Así el análisis de Cortázar se constituye en una contribución más reveladora. Mientras otras investigaciones se concentran en Altamirano como el eje de la literatura nacionalista y, por lo tanto, el motor de la construcción del nacionalismo mexicano, Cortázar demuestra que Altamirano representa sólo uno de muchos intentos de proyectar una imagen de la nación por medio de la literatura. La inclusión de Pizarro Suárez revela, sobre

todo, que la homogeneidad como base del nacionalismo es una construcción de intelectuales como Altamirano. En contraste con esa construcción, la mexicanidad de Pizarro Suárez incluye la diversidad como una parte integral de la nación, y no como un impedimento. En vez de promover el mestizaje como base unificadora de la nación, Pizarro Suárez retrata una nación integrada por grupos culturalmente distintos que logran convivir en paz y en igualdad social. Esta noción de la nación incorpora y valida a los indígenas como individuos que han dejado su "huella particular" (63) en la historia. Entonces el nacionalismo no sirve únicamente a los intereses de las élites sociales y políticas, tampoco borra la contribución de los sectores marginados. Aunque Cortázar critica a Pizarro Suárez por promover un mensaje de igualdad social por medio de la forma elitista de la novela, le atribuye la distinción de ser "el primer escritor mexicano que hizo de la novela el medio cultural preciso para proyectarla como espejo idealizante de la nación" (72).

La inclusión de Rabasa como tercer autor en este estudio sobre los nacionalismos literarios amplía todavía más la concepción convencional de la construcción de la identidad mexicana. Mientras Altamirano basa su nacionalismo en la Constitución de 1857 y el liberalismo triunfante de la Reforma, Cortázar concluye que el realismo de Rabasa critica los logros de esa etapa de la historia mexicana como "precarios" (131) y satiriza la libertad universal como "un ideal irrealizable en la tosca realidad mexicana" (144). Cortázar reprocha a Rabasa por subestimar la "inteligencia, astucia y perseverancia" (144) de los héroes históricos de la Reforma, pero su análisis más penetrante es sobre la crítica rabasiana de "la inmoralidad política y literaria" que contrastaba con la supuesta "paz

porfiriana" (154). Subrayando las diferencias entre los nacionalismos literarios del siglo diecinueve tardío, Cortázar explica que "Rabasa no aceptó tener vínculos ni con Altamirano ni con ningún otro literato de visión nacionalista republicana" porque Rabasa entendía "el nacionalismo literario de ese tiempo... como una simple actividad de 'elogios mutuos'" (154). Las diferencias ideológicas y políticas entre Altamirano y Rabasa se manifestaban en el contraste entre el estilo romántico y el realista, y Cortázar demuestra que esa diferencia marca un cambio importante en el papel de la literatura en la sociedad. Para Rabasa, el arte era político (168).

Tanto por sus investigaciones biográficas y literarias de cada autor como por su contextualización histórica, este estudio produce un retrato completo de los esfuerzos diversos de imaginar una nación por medio de la obra literaria. Además de su contribución a la crítica literaria, Cortázar hace una intervención importante en las discusiones teóricas sobre la construcción imaginada de la nación. En contraste con premisas de la teoría de la nación imaginada de Benedict Anderson, Cortázar concluye que la novela intenta "crear un lenguaje representativo de la identidad nacional, pero éste no llegó al grado de penetrar ni en las conciencias ni en la praxis social" (172). Además, insiste en que "el nacionalismo en sí nunca se había propuesto ni podía, ni puede— establecer las condiciones generales necesarias para satisfacer las necesidades o los deseos particulares de cada uno de los grupos que lo acogen" (173). Haciendo hincapié en la teoría de Ernest Gellner que la "nación no crea el nacionalismo, sino a la inversa" (177), Cortázar desafía visiones simplistas sobre la construcción de la nación y demuestra que la nación consiste en versiones múltiples y aun contradictorias

de su propia identidad. De esa manera, *Reforma, novela y nación* es un texto importante para estudiantes e investigadores de la literatura decimonónica de México y se constituye en una contribución para una mayor comprensión teórica sobre la dinámica de la construcción de los nacionalismos de un país, por medio de lectura comparatista de varias obras novelísticas.

Amy Robinson

Bowling Green State University

**Myriam Gonzales Smith. *Poética e ideología en Magda Portal. Otras dimensiones de la vanguardia en Latinoamérica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007. 231 pp.**

El libro de Gonzales Smith propone una entrada diferente al acercamiento a la vida y obra de una de las mujeres más polémicas de la historia del Perú. A pesar de que la autora sostiene que se ha difundido la trayectoria feminista y de luchadora social de Magda Portal, consideramos personalmente que se trata de una voz que ha dejado de escucharse en los últimos años, y que incluso la difusión de estos aspectos de su vida no ha sido lo suficientemente extensa ni profunda. A pesar de los esfuerzos del Centro Flora Tristán o del Cemahl entre otros, hoy es imprescindible dar a conocer en las escuelas y colegios precisamente lo más interesante de ella como creadora: su poesía vanguardista. Por eso este libro tiene un doble mérito: dar a conocer a un público mayor el poemario "Una esperanza i el mar" (con esa i latina, tan anarquista en medio) que Daniel Reedy dio a conocer para un público más restringido hace unos años y plantear un estudio sobre la propia trayectoria de Portal en las lides –a veces francamente tremendos campos de bata-

lla– de los vanguardistas latinoamericanos.

Es necesario para esto dejar muy en claro que la vanguardia en América Latina ha sido el primer movimiento artístico e ideológico en concebir un rol fundamental de la literatura y del escritor en la consolidación de una idea diferente de nación. Es precisamente por este motivo que, casi todos los intelectuales vanguardistas de la época, estaban absolutamente politizados incluyendo a nuestra autora. Si bien es cierto que la ciudad letrada se instituye desde la colonia, el gesto vanguardista libera a los escritores de esa relación excesivamente estrecha con "la corte" –sea esta virreinal o republicana– para permitirles anidar en la orilla opuesta. No se trataba simplemente del arte por el arte como algunos lo podrían suponer ante propuestas como la surrealista o la imaginista, sino todo lo contrario, asumir que la poesía y la literatura específicamente son parte de las formaciones sociales imaginarias y que canalizar las frustraciones, decepciones y esperanzas de grupos humanos emparentados por una sensación común de pertenecer a la misma comunidad imaginada. Como muy bien sostiene Gonzales Smith, para Portal como para Vallejo, "la práctica poética en la modernidad es mucho más compleja que la simple renovación de lo estético".

Portal, sin duda una mujer con una vida de una intensidad afectiva, social y política muy fuerte, desde muy joven asume dos actitudes contestatarias: dentro de la literatura, difundiendo y publicando revistas y textos absolutamente a contracorriente –como la extravagancia de bautizar con cuatro nombres a la misma revista–, y dentro de la política, asumiendo una posición anti-imperialista y anti-oligárquica y militando en las filas del movimiento APRA y después del partido aprista